

Ixiar Rozas, *Sonar la voz. 9 ensayos y 9 partituras*. Bilbao: Consonni, 2022, 240 pp.

Romina Casile

Al pensar en una imagen que pueda evocar el recorrido que nos propone Ixiar Rozas en su libro se me viene al cuerpo la de una hamaca y la sensación placentera del vaivén. Imagen que también podría ser la de un péndulo de cristal que se mece a su propio ritmo y nos va adentrando en diferentes reflexiones acerca de la voz, la escritura y el decir, difractando, a su vez, rayos de luz.

Este libro que, como su título indica, se compone de nueve ensayos y de nueve partituras, reúne la investigación que la autora viene desarrollando desde su práctica artística, su investigación doctoral, su experiencia como docente y también desde la práctica y filosofía del yoga.

El recorrido es oscilante. La escritura se modula en registros poéticos y teóricos. Aspecto que se refuerza en la propia estructura del libro: entre ensayo y ensayo nos encontramos con una partitura que nos traslada a otro registro, a otro tipo de experiencia con las palabras –tanto en un sentido figurativo como en uno literal–, ya que nos encontramos inclinando el libro o la cabeza para poder leerlas. Cada ensayo contiene muchas referencias y notas al pie, que nos hacen deambular, en un vaivén continuo, por las páginas del libro. Además, casi como por efecto hipnótico del péndulo, oscilamos en la propia lectura entre sus sentidos y sus sonidos, e inesperadamente, surge la necesidad de leer en voz alta.

El libro comienza con unas palabras en euskera. Y para alguien como yo, que desconoce el idioma, se sienten como una invitación a dejarse llevar por la imaginación en base a su sonoridad y disposición en el espacio de la página. Este primer texto no es una partitura, pero fabulo que podría serlo.

Antes de comenzar con los ensayos, nos encontramos con el texto «Sonoimagen en movimiento» que funciona como una introducción. Su atención a la dimensión material del cuerpo es fundamental para entender sus pensamientos en torno a la voz, a la escucha y a la capacidad transformadora del sonido. Nos situamos en la boca, la lengua, la saliva, la garganta. También en la respiración, como aquel aire que nos marca un ritmo vital.

A lo largo de la lectura se repiten palabras que funcionan como puntos de referencia para conformar un campo semántico que activa un espacio resonador: voz, sonido, danza, escucha, silencio, escritura, lenguaje, susurro. La profundización en cada una de ellas, en los diferentes ensayos, sucede en el movimiento del péndulo trazando un recorrido similar a uno ya realizado, pero distinto. De modo que, a medida que vamos leyendo, este espacio resonador se va espesando y las relaciones en él se van haciendo más complejas, reclamando una mayor atención a las sutilezas.

La voz va abriendo espacio como sonido que es capaz de contener intimidad y exterioridad al mismo tiempo. De igual manera, nos encontramos con una escritura que, por momentos, nos adentra en la intimidad de la autora al tiempo que nos proyecta hacia afuera al encuentro con diversos materiales y reflexiones. La voz se configura entonces como generadora de espacios, vínculos y resonancias. Se trata de un libro generoso, escrito en plural, entre diálogos, recuerdos y paseos. Un libro que convoca y reúne muchas voces de artistas, escritores e investigadores: Gertrude Stein, Adriana Cavarero, Donna Haraway, Iztiar Okariz, Irena Tomazín, Idoia Zabaleta, Mónica Valenciano, María Salgado, Brandon LaBelle, son algunas de las referencias que acompañan esta búsqueda. Su escritura es siempre compartida.

Rozas nos habla de la voz como única y relacional. Voz que desborda nuestro cuerpo y en cuanto es emitida deja de pertenecernos. Tampoco le pertenecerá del todo a quién la escuche, pero nos pone en relación. La voz se configura como sonoridad abierta y *abriente* que crea espacios y desencadena afectos en su despliegue. Retomando algunas ideas de Jean Luc Nancy, escuchar es ingresar a una espacialidad que, al mismo tiempo, nos traspasa. «Pues ella se abre a mí tanto como hacia mí: me abre en mí tanto como afuera»<sup>1</sup>. Por lo tanto, estar a la escucha implica estar desde adentro y desde fuera al mismo tiempo. Implica estar *entre*.

Con los movimientos oscilatorios nos dejamos llevar de la voz a la escucha y de la escucha al silencio. Aparece la escucha como oportunidad para la vulnerabilidad del cuerpo, para su apertura. La escucha como práctica generativa y expansiva. Aparece la danza y con ella, el llamado a la atención a los mínimos movimientos de nuestro cuerpo sobre la tierra. Vemos algunas imágenes del tercer capítulo de *Humano Caracol* (2007), una serie de documentales que inició con Dario Malventi, donde indagan junto a Steve Paxton, María Muñoz y Pep Ramis en las relaciones entre la danza y el compost, en las que ambas prácticas, en su observación de lo minúsculo «componen transformaciones imprevistas»<sup>2</sup>. Estas imágenes, que se encuentran aproximadamente en la mitad del libro, nos anclan a la tierra con sus texturas de ramas, troncos y piedras.

A partir del concepto de ‘*sujeto inclinado*’ de Adriana Cavarero, Rozas desarrolla la idea de inclinación como punto de partida para pensar la vulnerabilidad como condición del ser humano en una ontología relacional. Entendiendo la vulnerabilidad como la condición no sólo de ser susceptible de ser afectado, sino también desde su exposición porosa en relación con lo que le rodea. «Al inclinar la voz y el lenguaje mediante sus sonidos y sus ritmos, las prácticas artísticas que trabajan desde una oralidad inclinada subvierten nuestra relación con lo semántico y con el acto de escuchar»<sup>3</sup>. Se reclama la sonoridad de las palabras, desanclándolas de su sentido y proponiendo desafíos al orden habitual del lenguaje, introduciendo fracturas y provocando desplazamientos.

En «Susurro suzura zuzurla xuxurla» los labios se acercan entre sí y la tonalidad se desdibuja. En el susurro se produce una extensión vocal que moviliza el significante. A veces, nos llega antes su sonido que su significado. Recuerdo, por un lado, susurrarle un secreto a una amiga y por otro, susurrar una lectura en público con un

<sup>1</sup> Nancy, J. L. (2007). *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 33.

<sup>2</sup> Rozas, I. (2022). *Sonar la voz. 9 ensayos y 9 partituras*. Bilbao: Consonni, p. 107.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 86.

micrófono. Más allá de la distancia espacial, el susurro se lanza directo a la proximidad. El susurro, «línea reptil que va de la escucha a la escucha»<sup>4</sup>.

Si bien las únicas imágenes que aparecen son las de los fotogramas mencionados anteriormente, el libro, en realidad, está plagado de imágenes. Una muy sugerente es la imaginación moviéndose al ras del suelo. La imaginación vinculada a la idea de poner en relación cosas para vivir y morir mejor. La imaginación próxima a la superficie, moviéndose de cuerpo a cuerpo, agitando desde el deseo nuevas configuraciones del mundo.

Las nueve partituras también son imágenes. Estas partituras ya han sido activadas, dichas en voz alta por la autora en diferentes ocasiones, y ahora pasan a formar parte de este conjunto que irradia su condición activa y abierta. Cada una de ellas tomará rumbos distintos al ser leídas por diferentes voces en diversos lugares. Otro aspecto por resaltar es la utilización de la repetición como recurso compositivo. Tanto en las partituras como en el libro la repetición se configura como una forma de insistir en la atención, para expandir y potenciar el encuentro con nuevos sentidos.

La pregunta sobre cómo articular una escritura que sea capaz de albergar su propia voz, su dimensión sonora, se puede percibir en la elección de cada palabra y de los ambientes sonoros que es capaz de generar. Junta diferentes materiales para sentir las vibraciones que producen. Escribe como una forma de trabajar con las palabras como si fueran plastilina y generar con ellas entrecruzamientos y nuevos espacios.

Al final nos recibe el epílogo titulado «El reino de las sombras» escrito por Marina Garcés, en el cual nos muestra la sombra como una dimensión más del lenguaje. Aquel espacio conformado por zonas oscuras que fueron dejadas de lado por las legitimaciones de la gramática, de la sintáctica y de la semántica. Así también como por aquello que podemos ocultar, silenciar y susurrar. Es por ello que, al bucear en las profundidades de la voz, escribe Garcés, la propia voz de Ixiar se ha ensombrecido.

En la lectura del libro una se deja mover, se deja llevar. *Sonar la voz* tiene la potencia de investigar *sobre, desde y con* la voz y el decir. La autora despliega una escritura corporal, atenta al detalle y sensible. Esa misma escritura es capaz de evocar lo intangible, lo escurridizo y lo expansivo, cualidades propias del sonido.

El movimiento pendular nos adentra en un estado de observación latente para atender a las sutilezas de la voz de Ixiar Rozas cuya cadencia nos invita a permanecer con nuestros cuerpos abiertos y al ras del suelo.

---

<sup>4</sup> Ibid., p. 167.